

dor excepcional, la psicología de los países que según él, son los exponentes típicos de la vida europea. Así Francia es el país del pensamiento, Inglaterra el país de la acción y España el país de la pasión. En estos tipos psicológicos encuentra Madariaga el fondo de la diferenciación de esas razas.

Indudablemente habría sido interesante para Chile la permanencia del autor de España más del tiempo señalado para su visita. Y decimos interesante porque un observador de la calidad de Madariaga es siempre una promesa de descubrimiento, en lo que se relaciona con nuestro carácter. De ordinario un viajero inteligente profundiza en los aspectos sobre los cuales no se detiene la observación de los estudiosos autóctonos. No siempre los viajeros aciertan—el caso de Morand es sintomático en la superficialidad de la observación—pero hombres como de Madariaga, de pupila certera, de hondura en la intención, de amplia y sólida cultura, descubren a menudo lo esencial en la psicología de los países que visitan.

Salvador de Madariaga, no es a pesar de todo, el tipo del conferenciante, Madariaga en la lectura sugiere graves meditaciones. Y es que en este escritor español interesa más que la forma, el contenido, la substancia. Es un pensador con toda la calidad y toda la fuerza de un ensayista. La educación inglesa ha moldeado en él a un autor consciente de sus elementos filosóficos, con los cuales puede trazar esos agudos esquemas de psicología que le han valido tantos éxitos en Europa.

La visita de Madariaga dió margen a una serie de festejos de carácter oficial. Sus conferencias congregaron a un público numeroso y en sus disertaciones sobre el carácter de los pueblos europeos y sobre los valores universales en la literatura española, pudo desarrollar con admirable concreción, puntos de vista novedosos y originales.

El libro perseguido

La literatura pornográfica viene toda del extranjero. Chile

no ha producido aún literatura de esta especie. Y es una garantía a pesar de que las costumbres han tomado un giro europeizante. Este género de libro que contribuye a desmoralizar ha sido perseguido últimamente en medio de incidentes que se han prestado a equívocos divertidos. Desde luego se han confundido los libros de esencia pornográfica con los que sólo ostentaban una portada o un título llamativos. Han caído al fondo del pozo condenatorio, libros que nada tenían que ver con la corrupción de las costumbres. Este error ha derivado de la ausencia total de doctrina o de tradición en este punto. Wilde aseguraba, siguiendo en la línea de las paradojas a que era tan propenso, que no había libros morales o inmorales sino libros bien o mal escritos. Pero esto que sólo está bien para los cenáculos o para las "élites", no puede ser una norma en estas sociedades en que puede decirse que tampoco hay tradición en la lectura. Se lee al azar, sin sujeción a norma alguna, lo que se encuentra a mano o lo primero que ofrecen los libreros. Las obras pornográficas han tenido últimamente gran salida. ¿Es un descenso de la moral ambiente? ¿Una proyección de la ausencia de elementos vigorizantes en la estructura social? Es más que todo, la multiplicación desmedida de editoriales que hacen su negocio, sin importarles la calidad de los libros editados. Al propio tiempo, la falta de una doctrina como se ha dicho, para controlar esta clase de libros. La persecución última ha evidenciado esta ausencia, porque no ha sido dirigida con criterio seleccionador, sino simplemente con el criterio simplista de los agentes encargados de la pesquisa. Y esto es un absurdo.

Las sociedades viejas, no se conmueven con estas medidas. Tienen no sólo la tradición de la cultura, sino la tradición moral que separa y cataloga por el eclecticismo, los libros útiles de los inútiles. Entre nosotros es diverso. Y una policía intelectual, una policía de control superior, con elementos capacitados para ejercerla, hace falta a fin de señalar los peligros a que pueden ser arrastrados los lectores inexpertos.